

# El perro de la carretera

Yael Iván Salmerón Angón

En la carretera estaba el cuerpo inerte de un perro al que atropellaron momentos antes. Presenció el instante exacto en que fue arrollado por un camionero que, sin importarle mucho, siguió sin remordimiento alguno a rematarlo con las ruedas traseras del camión.

Al parecer el perro murió de inmediato; el camión iba a una velocidad muy alta y el impacto era demasiado fuerte como para que lo soportara.

Me detuve y traté de jalarlo a la orilla para que no terminara deshecho con los otros autos pasándole por encima; el perro pesaba más de lo que pensé, aun cuando solo era arrastrado.

Ya en la orilla, me senté en el cofre de mi auto a reflexionar sobre cómo terminé trasladando a un perro que no supo cruzar una carretera, y sobre el camionero irresponsable que no pudo esquivarlo. No era importante saber quién había sido el culpable del accidente, la víctima yacía en la orilla de la carretera desecha, sin vida.

La vida es vida, pensé, la de un perro o la de un humano. No veo una real diferencia sobre cómo un ser vivo puede decidir sobre otro. Tal vez la existencia del animal no fue conscientemente arrebatada, quizás el conductor ni siquiera vio al perro y solo pensó que era un bache de los muchos que hay en la carretera.

Mi estancia en la orilla de la carretera me retrasó 40 minutos, tenía un destino y parecía que no llegaría. Hoy, 26 de mayo, empezaba mi trabajo en la perrera municipal, donde quizá también tenía que asesinar perros, pero estos se lo merecían.